

serena, calculaba el alcance de todo lo que acababa de oír.

—Yo soy rica—dijo levantándose—. Los bienes que heredé de mi madre son considerables. Soy mayor de edad, libre y puedo ayudar á Luis.

—Será inútil—replicó Lereboulley—. Está cogido y bien cogido... O paga ó revienta...

—Pero ¿dónde está? ¿Qué hace?—exclamó Emilia con desesperación—. Si tomase alguna resolución extrema... Si se matase, ¡qué remordimiento para nosotros!

—¿El matarse?—contestó Lereboulley riendo—. ¡Vamos! ¿Preguntas dónde está? ¿No debíais sospecharlo? Ayer volvió de Londres y se fué desde la estación á casa de la señora de Olifaunt, de donde no ha salido todavía... Eso es lo que hace.

Emilia bajó la cabeza. Desde aquel momento desesperaba de su causa.

—¿Qué puedo hacer yo?—dijo.

—Trata de que vuelva á su casa y no salga de ella...

Emilia lanzó un suspiro y salió sin abrazar á su padre.

XI

De regreso de Londres, en un estado de abatimiento como el que debió anular las fuerzas morales de Napoleón, cuando llegó al Eliseo, después del desastre de Waterlóo, Luis encontró á la señora de Olifaunt muy tranquila, soportando el desastre con una filosofía sonriente que hubiera debido hacerle ver claramente los verdaderos sentimientos de aquella criatura, si hubiese conservado un rayo de lucidez. El mismo Sir James, como si hubiera recibido un misterioso cordial, dió pruebas de una placidez muy singular, dado el interés que se tomaba por los buenos de los albañiles que trabajaban en la edificación de una fortuna para Diana.

Luis, que esperaba arranques de desesperación y amargas recriminaciones, recobró al momento su sangre fría y procedió al examen de su situación. Tenía que operar una liquidación terrible, que equivalía á una ruina segura, pero el honor podía quedar intacto. Esperaba que con alguna ayuda y haciendo grandes reformas en su modo de vivir lograría volver á levantarse. Pero estas reformas

debían afectar en primer término á Diana, porque ante todo era preciso que renunciara á su vida libertina y se resignara á ser un hombre ordenado.

Tendido en un sillón delante de la chimenea, en la habitación que le habían hecho preparar en el hotel Olifaunt, recordaba los incidentes del año que acababa de transcurrir y empezaba á ver claro en su conducta. Recordó los móviles á que había obedecido y los juzgó bien miserables: pasión exclusivamente sensual, vanidad locamente sobreexcitada eran las causas que le habían hecho dilapidar su fortuna y comprometer la felicidad de su abuela, de su mujer y de su hijo.

De repente se presentaron á su memoria aquellos á quienes tanto mal había hecho y los vió reunidos en el salón del Faubourg-Poissonnière. La abuela trabajaba silenciosa en su media; Elena, pálida, tenía al niño encima de sus rodillas y le enseñaba á hablar. Éste, siguiendo en los labios de su madre la formación de las sílabas, se esforzaba por repetir las palabras pronunciadas y reía, palmoteando con sus manitas sonrosadas. Pareció á Luis que oía distintamente las dos voces; la de su mujer grave y triste, la del niño dulce y cariñosa. Repetían una sola palabra, siempre la misma, como si hubieran querido darle la persistencia y la fuerza de un llamamiento.

—¡Papá, papá!

Cerró los ojos para no ver aquel cuadro que le helaba el corazón, pero seguían resonando en su oído las dos voces y el llamamiento se hacía cada

vez más insistente, más tierno, más suplicante. Entonces Hérault se levantó, miró en torno suyo y aquella habitación en una casa extraña le produjo horror. Pensó que había ido á casa de su querida en lugar de reunirse con su mujer y disgustado como si se encontrase de repente en un lugar in-mundo, cogió su sombrero y bajó.

La señora de Olifaunt estaba en su tocador ocupada en pulir con muchos utensilios de marfil y de acero el nácar perfecto de sus uñas. Indicó un asiento á Luis y le dijo sin interrumpir su importante ocupación:

—Vámonos... ¿Has recobrado el dominio de ti mismo? Ayer noche me diste miedo... Estabas tan decaído...

—Tenía motivo para ello.

—¿Y has tomado ya una resolución?

—Sí.

—¿Cuál?

—¿Puedo elegir acaso? Creo que no te habrás figurado que voy á aprovechar la excepción del juego. Por de pronto voy á pagario todo... Luego ya veré lo que debo hacer.

—Te conozco demasiado para haber dudado de tus intenciones, mi querido Luis; así es que no me refería á tus negocios. Esos se arreglarán, no lo dudo, sobre todo si te pones en manos de un hombre hábil.

—Mi notario, el señor de Talamon, es joven, activo y muy inteligente... Le tengo además por un verdadero amigo y pienso darle mis poderes.

—Está bien. Pero esa liquidación no puede me

nos de ser muy penosa para ti. Se va á hablar mucho de ella...

—Ese será el justo castigo de mi tontería—in terrumpió con sequedad.

Diana levantó los ojos. El tono en que Luis hablaba indicaba un orden de ideas y de sentimientos muy distinto del que le era habitual.

—Sir James y yo—dijo—nos ausentamos por algunas semanas. ¿Quieres acompañarnos?

El respondió friamente:

—Es imposible.

—¿Por qué?—preguntó Diana acercándose á él y sometiéndole á la fascinación de sus ojos azules.

—Porque mi situación ha variado por completo y tengo que modificar mi modo de ser.

Ella se puso zalamera y tierna, envolviéndole en el perfume embriagador que se desprendía de su cuerpo, y apoyando graciosamente la cabeza sobre su hombro, le dijo al oído:

—¿No me amas ya? Si quisieras iríamos á Italia y allí, á la orilla de un lago azul, bajo un sol esplendente y aspirando el perfume de las rosas, nos olvidaríamos de todo lo que no fuera nuestro amor.

Luis repitió: «Es imposible» y como ella fuese á replicar, añadió:

—Es preciso Diana que nos separemos.

La inglesa hizo un movimiento de impaciencia y le observó con atención:

—Luis ¿qué sucede? ¿De dónde viene esa resolución? ¿Qué te han dicho? ¿Qué ha pasado? ¿Es así como recompensas mis sacrificios?

—Esos sacrificios, Diana, no debo aceptarlos por

más tiempo. Forzosamente hemos de separarnos. No hablándote francamente como lo hago, sería culpable contigo y ya lo soy bastante con los demás.

—¿Qué importan los demás?—exclamó arrebatadamente Diana—. ¿A qué pensar en ellos?

—Si—dijo Luis con firmeza—; es preciso pensar en ellos en el momento de exigirles grandes sacrificios.

En la fisonomía de la señora de Olifaunt apareció una terrible expresión de odio y de maldad.

—Tu abuela ¿no es verdad? ¿Tu mujer? . . . ¿Pienzas en eso estando á mi lado?...

—¿Puedes reprochármelo cuando son tan desgraciadas?

Y con voz ahogada por la emoción, prosiguió:

—Bien sabes todo lo que han padecido por mí. No les quedaban más que las comodidades de la existencia material, y van á perderla por mi culpa. Es preciso que si mi presencia puede ser un consuelo para ellas, no las prive de él.

Y añadió con firmeza:

—Diana, te he sacrificado mi mujer rica é independiente, cometiendo una indignidad; pero ahora que se va á ver pobre y humillada, sería yo el último de los cobardes si no estuviera á su lado; la debo esta reparación y este consuelo.

La bella inglesa se estremeció al comprender que Luis se le escapaba y volvía á los brazos de la que odiaba. El último golpe que había pensado dar á su rival fracasaba. En lugar de quitarla el marido, era ella quien perdía el amante. No pudo so-

portar esta idea, y exclamó con venenosa ironía:

—La reparación quizás le parecerá molesta, y el consuelo será de seguro inútil. Si no es más que eso lo que te atormenta, puedes partir conmigo.

Luis se puso livido y gritó cogiéndola por la muñeca.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que sabe todo el mundo, menos tú, naturalmente.

—¡Mentira!

Apretó con tal fuerza aquella carne delicada, que Diana lanzó un grito de dolor, rugió de cólera, arrancó su brazo á Luis y le dió en el pecho tan fuerte golpe con la mano que tenía libre, que le hizo vacilar.

—Ya que eres tan difícil de convencer, yo te la enseñaré con su amante.

—¿Cuándo?

—Esta tarde.

Luis contestó con acento terrible:

—¡Ay de ti si me engañas!

—¿Y si digo la verdad?

—Entonces nada me impedirá seguirte.

Se dirigió á la puerta porque se ahogaba. Ella le dijo dulcemente:

—¿A dónde vas?

—Al círculo.

—¿No quieres estar aquí?

—No. Hasta la tarde.

Se cerró la puerta, y la señora de Olifaunt estuvo un momento pensativa, con la frente apoyada en la mano. Luego dejó escapar una risa sardóni-

ca, y dijo en voz alta, como respondiendo á su propio pensamiento.

—Bastará que los vea juntos. Si exige explicaciones y se irrita, Thauziat le matará como á un pichón.

Se acercó á su escritorio Luis XV, escribió dos billetes y tocó el timbre, á cuyo llamamiento acudió la doncella.

—Haga usted llevar inmediatamente estas dos cartas, y que me digan si las han entregado en propias manos.

En el mismo instante entraba Sir James. Se levantó, arreglando los pliegues de su falda, se miró minuciosamente al espejo, y con una sonrisa de satisfacción dijo á su marido.

—Hace mucho tiempo que no hemos visto al pobre Lereboulley. Tal vez he estado poco amable con él. Será preciso que te pases por la calle de Peletier y le invites á comer en mi nombre.

Sir James hizo un movimiento de satisfacción.

—Por fin te veo razonable—dijo—. Nuestro buen amigo se alegrará mucho. Voy corriendo.

Y besando la mano á su mujer, salió.

En el hotel Hérault la inquietud se había manifestado tardía, pero violenta. Durante cuatro días la existencia de la abuela y de Elena había sido regular y tranquila como de costumbre. Luis hacia un viaje, anunciaba su regreso y se le esperaba naturalmente. ¡Ay! Para la pobre esposa la ausencia de su marido no era ya una causa de tristeza, y presente lo creía aún más alejado que entonces que los separaban el mar y algunas leguas de te-

rreno. Emilia iba todos los días, y á medida que transcurría el tiempo preguntaba con tanta insistencia si había noticias de Luis, que Elena llegó á alarmarse.

Preguntó á su amiga, pero ésta se batió en retirada y fué imposible sacar nada de ella. Pasaba algo, y Emilia lo sabía; esto saltaba á la vista. Pero ¿qué? ¿Iba también de viaje Diana, habiendo obtenido de Luis que diera por el canal de la Mancha el paseo que Lereboulley había dado por el Mediterráneo? ¿Se prolongaría la ausencia, que según su marido no debía durar más de cuatro días? ¿Se había él obligado á no volver á su casa? ¿Qué no se podía temer de su debilidad y de la maldad de Diana? La terrible duda que torturaba á Elena se disipó repentinamente, pero la realidad se mostró de repente tan horrorosa, que tal vez valiera más no haberla visto.

Una mañana la anciana señora de Héraul entró súbitamente en la habitación de la que llamaba su hija y se dejó caer en un sillón. Tenía el rostro descompuesto, las manos temblorosas, y había subido la escalera tan apresurada, que estaba sin aliento.

—Dios mío, ¿qué sucede?—gritó Elena, presa de horrible angustia.

—¿Qué! ¿Tú no lo sabes?

—Hable usted... hable usted... se lo suplico...

—Pues bien, hija mía, Luis nos ha arruinado.

Un suspiro de satisfacción se escapó del pecho de Elena. Durante un segundo había temido algo peor.

—El señor de Talamon, nuestro notario, acaba de marcharse. Ha venido á darme aviso de las ventas que Luis ha hecho en estos últimos tiempos y á decirme que ha recibido nuevas órdenes por telégrafo. Cree que Luis se ha vuelto loco y me aconseja que le quite mi administración... ¿Qué quiere decir esto? Por más que medito no lo comprendo. ¿A dónde ha ido ese dinero? Talamon, que nos es muy adicto, ha hecho averiguaciones... Dice que Luis se ha lanzado á un negocio enorme de construcciones. Si esto es cierto, ¿cómo no lo sabíamos? Pero en todo caso no se ha podido arruinar construyendo. Las casas no vuelan... Evidentemente hay otra cosa.

La anciana hablaba con una volubilidad febril. Sus cabellos grises, escapando de su cofia, caían en mechones despeinados. Ella tan correcta, tan arregladita de ordinario, se había presentado en aquel desorden á su notario y permanecía así delante de Elena. Su emoción la hacía olvidar todo.

—En otro tiempo, si hubiera hecho grandes gastos, como estaba soltero, lo hubiera comprendido. Pero ahora, casado, padre de familia... Vamos, ¿tú no te has enterado de nada?

—De nada.

—¿Tu marido se oculta de tí?

—También se ocultaba de usted.

—Es verdad, no sé lo que digo... Ya lo ves, querida, pierdo la cabeza.

La anciana se levantó y dió algunos pasos agitadísima. Al pasar se vió delante de un espejo y dió un grito de horror.

—¡Dios mío! ¡Cómo estoy!

Y recogiendo su pelo dentro de la gorra, bajó á su cuarto. Por la tarde llegó Emilia. La misma mañana se había dirigido á su padre para obtener de él que sacase á Luis de su horrible situación. Aún estaba trastornada. Ya no preguntaba porque sabía todo lo que quería saber. La anciana, que con bastante malicia advirtió este cambio en la actitud de Emilia la dijo de repente:

—¿Cómo es que hoy no pides noticias de Luis?

La señorita de Lereboulley exclamó sin perder su sangre fría:

—Es verdad, me olvidaba; ¿sigue bien?

—Tan bien, que se está comiendo todo lo que ganaron su padre y su abuelo. ¿Acaso lo ignorabas?

—Desde ayer lo sabía; lo sospechaba hace mucho tiempo.

—Entonces sabrá cómo y por qué se ha metido en esas locas especulaciones.

Emilia bajó la cabeza afirmativamente.

—Explicámelo, hija mía, porque yo me confundí. ¿Qué necedad ó que vicio le ha llevado á ese extremo? Habla; quiero saberlo todo.

Elena se levantó como para interponerse entre Emilia y la anciana. A la idea de que ésta supiera las faltas de su nieto, le inculpase y le despreciara, todo su orgullo se sublevó. Era su marido, era la mitad de sí misma, y le pareció que aquellas inculpaciones y aquel desprecio iban á recaer sobre ella. Con un gesto suplicó á Emilia que callara. La abuela lo vió y se volvió severa hacia ella.

—¿Quieres prolongar mi ignorancia?—preguntó. ¿Por qué? La responsabilidad de nuestra desgracia ¿pesa también sobre ti? ¿Me has engañado como tu marido? ¿Eres su cómplice? ¿Eres también culpable?

Al oír estas palabras tan injustas y crueles, Elena gritó, dirigiéndose á Emilia como si la tomara por testigo:

—¿Yo? ¿Yo...?

Entonces la anciana irguió su cuerpo doblado, sus facciones adquirieron una expresión de energía, y dominando con la mirada á la mujer de su nieto, dijo:

—Si te acuso sin razón, justificate... Soy vuestra madre, tengo el derecho de saber la verdad y tu deber es decírmela.

—No; lo que usted exige es demasiado penoso—exclamó Emilia—, pero lo que ella oculta tan noble, tan generosamente, lo va usted á saber por mí.

Y, á pesar de las súplicas de Elena, la señorita de Lereboulley comenzó á referir aquel martirio de un año, soportado por la esposa sin una queja, con la piadosa preocupación de evitar á la abuela el disgusto de saber las locuras de su nieto. Lo dijo todo: la traición miserable, el abandono inclemente, la humillación impuesta á la esposa delante de la querida; contó los dolores experimentados, las afrentas sufridas. Mostró de un lado el cinismo y la bajeza, del otro la paciencia y la dulzura. Destrozó á la infame Diana y la arrastró por el lodo; pintó á Elena como era, altiva, valiente, angelical, y la vengó en un instante de todo lo que había sufrido:

La anciana escuchó estupefacta, sin pronunciar una palabra, aquella terrible revelación. Acostumbrada desde hacía sesenta años á considerar á todos los que habían llevado sucesivamente el nombre de Hérault, marido, hijo y nieto, los jefes de la familia, como seres de un orden superior, dignos de obediencia y respeto, sintió operarse en ella una terrible revolución. Todas sus creencias, todas sus afecciones caían al mismo tiempo, y le pareció que no había en la tierra nada fijo ni estable. La fortuna se hundía, el honor estaba amenazado, la felicidad destruida. Como un náufrago perdido en medio de la tempestad, miró aterrada en torno suyo y no vió más que á Elena sombría, pero tranquila y resuelta. Entonces la pobre señora se acercó á Elena y dijo bajando la cabeza.

—Hija mía, te he desconocido, te he acusado y todo el mal que soportas tan valerosamente me lo debes á mí. He querido darte la fortuna y la felicidad y te he hecho pobre y desgraciada. Perdóname.

Extendió los brazos y Elena se precipitó en ellos. La anciana continuó diciendo:

—Yo esperaba hacer mucho por ti y á ti es á quien voy á deberlo todo, cariño y compasión, porque tú me ayudarás á sobrellevar la horrible tristeza que amargaré mis últimos días. Las dos seremos más fuertes para sufrir la pena con que ese desgraciado ha envenenado nuestra vida.

No pudo continuar porque Elena con tierno respeto la tapó la boca con la mano.

—No sea usted implacable—dijo con voz supli-

cante—ni crea que Luis esté tan completamente perdido. Nosotras le volveremos á la razón, á la calma y á la prudencia. Hasta en las horas más negras he conservado mi fe en él. Le debo terribles tormentos, pero le amo y el amor no vive sin esperanza. Ha cometido faltas, ha hecho locuras; las faltas bastará que las olvidemos para borrarlas y en cuanto á las locuras, le ayudaremos á repararlas. Las dos tenemos derecho á ser indulgentes; de usted es hijo y es mi esposo, y las mujeres hemos sido puestas por Dios al lado de los hombres para ayudarles, compadecerles y consolarles.

—¡Ah! hija mía, eres un ángel del cielo—exclamó la señora de Hérault sin poder contener las lágrimas—y me inspiras un poco de confianza. Pero, ¿dónde está? ¿Qué hace? Ya debía haber vuelto...

—Tal vez no se atreva á presentarse sospechando que ya sabemos lo que pasa... Pero tranquilícese usted... Pronto tendremos noticias suyas...

—¿Y cómo saldremos de sus apuros de dinero?

—Abandonaremos todo lo que usted posee y el dote que me dió cuando nos casamos. Procuraremos salvar la fábrica que fué para usted el instrumento de su fortuna pasada y puede ser el de nuestra fortuna futura.

La abuela levantó las manos con admiración:

—¡Qué buena eres!—exclamó—. Pero ¿cómo obtener ese resultado?

Elena contestó sonriendo con una firme convicción:

—Por la voluntad.

Y empezó á hacer planes en voz baja, reconstruyendo sobre las ruinas del hundido edificio otro más sólido y brillante. Aun en medio de los horrores de la tormenta, soñaba con atrevidas tentativas y revelaba en su admirable energía su alma de combate. Aplacó los temores de la anciana, encomió la actividad de Emilia, y meciéndose en las seductoras ilusiones del porvenir, llegó á desterrar de su imaginación las desoladoras realidades del presente.

A eso de las cuatro se retiró Emilia, prometiendo volver por la noche. Elena se quedó sola. Iba oscureciendo, y á medida que desaparecía la luz, se hacían más tristes las ideas de la amante esposa. Las razones que había sabido encontrar para tranquilizar á la señora de Hérault, no le parecían á ella misma aceptables. Se acusó de cerrar los ojos con obstinación para no ver el peligro y todo lo que podía hacer su situación más precaria y amenazadora se le aparecía con los colores más siniestros.

El retraso inexplicable de su marido, la falta de noticias, eran indicios terribles. ¿Qué hacia? ¿Dónde estaba? ¿A qué locuras, á qué violencias le habría arrastrado su desaliento, dada la debilidad de su carácter? Aquella mujer tan valiente y tan resuelta sintió en aquel momento un gran desfallecimiento moral. Vió en torno suyo el silencio y el vacío. Sintió frío, se apoderó de ella una agitación terrible y con el corazón palpitante, pronta á pedir socorro bajo la amenaza adivinada de un peligro desconocido, se levantó y fué á la habitación

inmediata, á fin de no estar más tiempo sola en aquella que le parecía lúgubre como una tumba.

Pronto volvió en sí. La puerta se abrió dando paso á una doncella que llevaba una lámpara y la luz rompió las trágicas influencias de la obscuridad. Elena permaneció deslumbrada algunos momentos, luego reparó en una carta que había en una bandejita de plata. La cogió vivamente y miró la letra del sobre. No era de Luis y la dejó caer en la mesa con tristeza. Volvió á sentarse y se encontró más sombría entonces con luz que antes en la obscuridad que la envolvía, y con mano indiferente, rompió el sobre de la carta.

Al empezar á leerla, sintió una llama que subía á sus mejillas y dejó escapar una exclamación. Se pasó una mano por la frente y leyó: «Luis, á quien usted cree en Londres, está en París desde ayer. Mañana marcha á Italia con quien usted sabe. Si quiere usted verlo le encontrará en casa de Thauziat, donde se oculta.» El papel se le cayó de las manos, é inmóvil, aturdida por el cúmulo de pensamientos que se agolpaban á su mente, permaneció en pie en medio de la habitación, físicamente anonadada, pero recobrando por momentos su más completa lucidez.

Su primera impresión fué que todo estaba perdido, que el edificio tan penosamente levantado por ella sobre los escombros de su vida, se hundía bajo el supremo esfuerzo del odio y que Luis se la escapaba llevado triunfalmente por su enemiga. Pero su valor no decaía nunca. Apenas se fijó un momento en el horrible espectáculo de su marido,

el padre de su hijo, abandonándola precisamente cuando el honor exigía su presencia en aquella casa que se desmoronaba, trató de retener al fugitivo. Una rabia que no trataba de contener la hizo gritar en su habitación nupcial desierta. Cubrió un velo de sangre sus ojos y pensó en ir á matar á su rival. ¡Cómo! ¿Su desgracia no era completa? ¿Era preciso que ella quedase definitivamente sola y su hijo huérfano? ¿Y aquella insolente mujer pasearía de ciudad en ciudad á aquel marido arrancado á su hogar, á aquel padre robado á su hijo?

«Antes lo quisiera muerto», dijo en alta voz. Pero estas palabras terribles la estremecieron y añadió: «Yo sabré disputárselo.» En sus venas, un momento heladas, hirvió la sangre, activando la violencia de sus pensamientos. Se creyó capaz de todo, la devoraba una fiebre abrasadora y sentía una inquietud mortal.

El proyecto que debía inspirarle fatalmente la carta diabólica, se imponía á su espíritu; ir á buscar á su marido. Ante todo quería evitar su marcha, conociendo la autoridad que podía tener sobre él, si se decidía á atacarle sin contemplación. Recordaba haberle visto llorar á sus pies débil y tembloroso, como un niño que implora á su madre. Le vería, y una vez en su presencia, aunque tuviera que abrumarle para vencer su resistencia, le obligaría á seguirla. Su exaltación la daba un vigor heroico, y la hacía capaz de cogerle en brazos para arrancarlo á aquella mala mujer. Pero su razón dominando su cólera, como un águila que

se cierce sobre las nubes tempestuosas, la detuvo en sus resoluciones extremas. ¿Dónde había de ir para encontrar á su marido? La carta lo decía: á casa de Thauziat... ¡Thauziat! Una sospecha se deslizó en su ánimo. ¿Si la tenderían un lazo? ¿Si el que seguía amándola habría imaginado ese medio de atraerla á su casa, en convivencia con la impacable Diana?

Recogió la carta y examinó con atención la letra. Los caracteres le eran desconocidos. Con una habilidad extraordinaria la señora de Olifaunt había sabido manejar la pluma de modo que pudiera engañarse la mirada perspicaz de Elena. ¿Qué amigo ó qué enemigo había enviado el anónimo? Por un momento pensó la joven consultar á Emilia, pero recordó que una vez la había engañado, ayudando á Luis á escapar. ¿Si por cariño lo hiciese de nuevo y detuviese la ejecución de su proyecto para evitar violencias y ¡un escándalo! ¿En rigor no podía ir sola á casa de Thauziat? Si Luis se encontraba allí ¿qué peligro corría? Y aunque no se encontrase ¿temía ella á Thauziat? Una sonrisa de desdén se dibujó en sus labios. Y luego ¿cabía vacilar cuando su porvenir estaba en peligro? ¿No era una cobardía pesar tanto las probabilidades? ¿No sabría vencer todos los obstáculos? Nunca había sido vencida más que por los que amaba y cuando su corazón era cómplice. Pero cuando combatía por defender su amor ¿quién sería bastante fuerte para impedirle triunfar?

No vaciló y pidió sonriente su carruaje, porque no quería ir á casa de Thauziat clandestinamente.

Quería presentarse con el rostro descubierto, la frente levantada y hablar alto. Se echó un abrigo, se puso un sombrero y marchó.

Diana, al enviar sus cartas, lo había calculado todo. Clemente no salía nunca de su casa antes de las dos y Elena no abandonaba la suya desde la marcha de su marido. Debían, pues, uno y otro recibir á tiempo el aviso que les enviaba.

Sentado en un ancho sillón en una habitación tapizada de terciopelo de Génova con flores verdes, sobre fondo plateado, amueblada con una mesa y preciosos cofres estilo del Renacimiento, alumbrada por la media luz que pasaba á través de los cristales de colores, Thauziat meditaba. Una profunda melancolía nublaba su frente y tenía los ojos medio cerrados. Diana le habia rogado que esperase y esperaba. ¿Qué? No lo sabía, pero un secreto instinto le decía que se trataba de Elena y de Luis. Poco á poco su pensamiento le había llevado á un mundo de ensueños donde la realidad transformada le hacia feliz. Sus ojos no veían ya lo que le rodeaba. Aquel gabinete severo y un poco obscuro, donde habia pasado tantas tristes veladas, recordando dolorosamente sus penas, se trocaba en estancia clara y sonriente donde se deslizaba una graciosa silueta de mujer. Andaba ligera y casi aérea, llevando la alegría en los pliegues de su falda, iluminándolo todo con la irradiación de su belleza. Se acercaba y dejaba ver sus facciones; era Elena. Thauziat, palpitante, le seguía con la mirada y ella no mostraba ya su rostro helado, se presentaba por el contrario amorosa y

confiada. El corazón de la joven habia sido tan cruelmente lacerado, que por las heridas se habia escapado el amor de Luis como una sangre generosa. Había comprendido que seguía un camino equivocado y volvía resueltamente atrás. Allí encontraba al que la adoraba fielmente y comenzaba de nuevo su vida, dulce, tranquila y feliz. Mecido por esta mentira seductora, Clemente permanecía inmóvil, complaciéndose en este espejismo, que le proporcionaba todas las venturas que tan ardentemente habia deseado.

El timbre grave del reloj resonando en el silencio le sacó de su éxtasis. Escuchó ansiosamente dar las cuatro y se levantó suspirando. La sombra habia desaparecido. Fuera reinaba una semi-obscuridad, en la que brillaban lívidos los mecheros del gas, ya encendidos. Delante de la ventana, se entretuvo en mirar á los transeuntes que marchaban con paso rápido á lo largo de las aceras. Estaba inquieto y nervioso como si se acercara un acontecimiento grave. Esperaba con una turbación que no acertaba á dominar ni á definir, algo vago que no podia dejar de suceder.

A eso de las cinco se detuvo un carruaje delante de su casa. Se asomó á la ventanilla una cabeza de mujer que la obscuridad le impidió reconocer y el lacayo se bajó. Thauziat sintió que le faltaba la respiración. Una voz interior le gritó: «¡Es ella! ¡Tu sueño se realiza!» y sintió que le ardían las sienes. Escuchó, oyó sonar el timbre y sus vibraciones tuvieron eco en el corazón de Clemente. Oyó pasos en la antesala, se abrió la puerta y en-

tró un criado. Thauziat estaba tan conmovido que no se atrevió á hablar. Un estremecimiento había corrido por sus venas y sus piernas temblaban. Estaba impaciente por saber y temía preguntar. Por fin dijo el criado indiferente y tranquilo.

—La señora de Hérault pregunta si el señor está en casa y si puede recibirla.

Un relámpago iluminó la frente de Thauziat: ¡era ella! Hizo un gesto afirmativo y levantando una *portière* de terciopelo, pasó al salón inmediato donde había dos lámparas encendidas encima de la chimenea. Allí esperó lleno de impaciencia, de gozo y de inquietud. Un crujido de seda, un paso firme, el ruido de una puerta que se abre y se cierra inmediatamente y Elena y Thauziat se encontraron frente á frente, la una un poco pálida, el otro grave y esperando. Él la ofreció un asiento, ella rehusó sentarse y dijo en pie con tono decidido:

—Me han hecho saber, caballero, que mi marido está en casa de usted. ¿Quiere usted avisarle que estoy aquí?

Thauziat hizo un gesto de sorpresa y sin moverse de su sitio por temor de asustar á la joven, contestó dulcemente:

—¿Su marido de usted, señora? Hace ocho días que no le he visto. Ignoro si está en París, pero en todo caso puedo asegurar á usted que no está en mi casa.

Ella le miró con altanería.

—¿Quién me engaña? ¿Es usted ó el que me escribe?

—¿Yo?—exclamó él con un acento de sinceri-

dad que persuadía.—¿Engañar á usted? ¿Con qué objeto? ¿Con qué interés?

Y como ella no contestara, continuó:

—Considérese usted como en su casa, señora. Llame usted; haga usted venir á todos los que viven aquí: interróguelos usted... Quizás dé usted más crédito á la palabra de mis criados que á la mía.

Elena se dejó caer en la silla que antes la había ofrecido y dijo sordamente:

—Perdóneme usted... ¡Soy tan desgraciada!

Él se inclinó como para arrojarse á sus pies. Elena le detuvo con un gesto y añadió casi sin poder respirar:

—Dígame usted toda la verdad. Yo no sé qué se prepara en derredor mío, pero siento que á mi pesar voy arrastrada hacia un abismo. Tal vez bastaría un aviso sincero, un consejo leal para evitar el peligro. Yo se lo ruego, ilumíname usted, socórrame usted.

Thauziat movió la cabeza y exclamó con amargura:

—¿He de ser yo quien la socorra á usted contra el que debía ser su verdadero defensor? ¿Qué papel quiere usted que haga?

—Un papel de que le he creído á usted capaz. El de un hombre bastante generoso para olvidar sus pesares y sus rencores.

—¡No me crea usted tan buenol Yo he padecido mucho, he pensado mucho y he perdido las ilusiones que me hacía sobre mí mismo. Si usted había contado con que yo diera pruebas de una abnega-

ción novelesca, desengañese usted. He sido desgraciado por mi cuenta y no quiero serlo por cuenta de los demás.

Elena experimentó alguna inquietud, pero se dominó y dijo afectando tranquilidad:

—No se calumnie usted. Yo estoy seguro de que está usted dispuesto á los mayores sacrificios por evitarme un dolor.

Clemente la miró profundamente y exclamó con acento apasionado:

—¡Ah! ¡Cómo conoce usted su poder sobre mí! Es verdad. La amo á usted tanto, que daría mi vida por verla sonreír.

Elena hizo un movimiento para levantarse, viendo la animación de Thauziat, pero había decidido obligarle á decir lo que deseaba saber y trató de contenerse y enfriar el ardor de Thauziat.

—No le pido á usted su vida—dijo ligeramente,—le pregunto dónde está mi marido.

—¿Dónde puede estar, sino en casa de la señora de Olifaunt?

Elena palideció y sintió un escalofrío, pero no se desanimó.

—Pues bien, envíe usted á buscarlo.

—¿Para qué?

—Aunque no sea más que para probar su deseo de complacerme.

Elena pronunció estas palabras con gracia afectuosa. Quería seducirle y obligarle á buscar á Luis. Como él permanecía mudo y pensativo, ella le sonrió y dijo juntando las manos como si le dirigiera una plegaria:

—¿Suplicaré á usted en vano?

Clemente se apartó de la chimenea á la que estaba arrimado, y acercándose á la joven dijo con frialdad:

—Señora, no intente usted hacerme su juguete. Se entrega usted conmigo á coqueterías que la repugnan y que me duelen, para hacerme servir de azo de unión entre Luis y usted. Pero yo veo claro su juego y lo encuentro indigno de usted y de mí.

El corazón de Elena se oprimió y tuvo vergüenza de sí misma. Thauziat la había desenmascarado con una palabra. Especulando con la pasión de aquel hombre que la adoraba ¿no la había ella en cierto modo reconocido y autorizado?

—¡Oh! ¡Dios mío!—exclamó.—¿Qué puedo esperar ahora?

—Que yo le diga á usted la verdad por amarga que sea. ¡Oh! no se marche usted—dijo viéndola levantarse espantada.—¿Me la pedía usted antes y ahora tiene miedo de oírlo?

—No—dijo Elena con altivez.—Hable usted.

—¿Cómo han hecho saber á usted que encontraría á su marido en mi casa?

—Por un anónimo en que añadían: «Mañana parte con quien usted sabe.»

—Pues bien: á la misma hora que usted recibía ese aviso, me invitaban á mí á no salir de casa.

—¿Era un lazo que me tendían?—preguntó Elena mirando á Thauziat con desconfianza.

—A usted y á mí.

—Pero ¿quién?

—¿Quién si no la mujer que tiene interés y tendría gusto en perder á usted?

—¿La señora de Olifaunt?

—Sí.

Y añadió con voz ahogada:

—¿Y quién sabe? Tal vez otro...

Elena, aterrada, preguntó con angustia:

—¿Qué sospecha usted ahora? ¿Por qué no dice usted el nombre? ¿Es una acusación tan abominable? ¿Quién, en fin?

Clemente bajó la frente, como si se avergonzara de lo que iba á decir, y murmuró:

—Su marido de usted.

Elena quedó helada de espanto. Aquella horrible sospecha había cruzado también por su mente. Durante un minuto había dudado del hombre á quien estaba indisolublemente unida por los lazos del amor y la fe. La voz de su triste experiencia le decía: «Ha renegado de todo, todo lo ha sacrificado á esa odiosa mujer. ¿Por qué no ha de llevar ya bajeza hasta tratar de librarse de tí envolviéndote en una trama abominable?» Pero al escuchar semejante acusación en labios de otro, sintió un estremecimiento de disgusto y creyó oír la voz de su voluntad que respondía más alta y más firme: «No desfallezcas, no creas más que en el bien, espera y triunfarás de todo. Luis no será ni cobarde ni infame si tú no le abandonas. Será honrado y bueno. Pero es preciso que tú quieras.»

Y dijo, como respondiendo á su pensamiento:

—Esa acusación es insensata.

—Por desgracia no es sino muy verosímil—contestó Thauziat exaltándose—. Si Luis, fascinado por Diana, ha resuelto seguirla, puede haber querido hacer menos criminal su conducta á los ojos del mundo, atribuyendo á usted faltas que le sirvan de excusa. Usted no puede adivinar de lo que es capaz un hombre como él en manos de una mujer tal como Diana. Le ha arrebatado la razón y la fortuna y le quitará el honor. La ha abandonado á usted por ella, y la entregará á su odio. Degradada como está, su sueño no puede ser otro que degradar á usted. ¡Qué alegría la suya si pudiera envilecer á usted como lo está ella! Su aspiración es que la salpique á usted el fango en que ella se revuelve. Y él se ha hecho su cómplice para esta obra incalificable. Entrega su mujer, la madre de su hijo á los feroces insultos de su querida. Usted sabe que todo lo que digo es verdad, puesto que ha sentido desgarrado su corazón por esa miserable. Nada de esto es vana conjetura, y el infame pasado responde del porvenir ignominioso.

Thauziat se había acercado á ella, dominándola con su elevada estatura y su rostro resplandeciente de una belleza terrible.

Estas palabras aterraron á Elena, que le miraba asustada y atraída al mismo tiempo, como si inclinada sobre un abismo fuera presa del vértigo. ¿Cómo saber lo que se agitaba en aquel espíritu sombrío? ¿Qué se proponía? ¿Qué esperanzas había fundado en la desgracia que la afligía? Era demasiado dueño de sí mismo para descender á acusar á Luis por el solo placer de rebajar á su ri-

val. ¿Qué plan había formado y qué desquite buscaba á su pasada derrota?

No pudiendo soportar la incertidumbre, y creyendo que de lo que iba á decir dependía para ella el desastre irremediable ó la posible rehabilitación, quiso conocer la palabra que escondía aquella esfinge terrible, y preguntó audazmente:

—¿A dónde va usted á parar?

El respondió con gravedad:

—A probar á usted que por algo me ha puesto el destino en su camino, y que tal vez me ha hecho padecer tanto por mi amor para hacer más patente mi constancia. La cobardía de los que persiguen á usted nos ha unido á los dos con un objeto odioso. Es un guante arrojado á su honor de usted y al mío. Yo lo recojo. Provocado en mi amor, lo proclamo en voz alta. Si después de haberla ultrajado, su marido de usted la abandona, es usted libre. Arrójelo usted de su existencia, como él la ha arrojado de la suya. Vuelva usted atrás y borre de su memoria los dos años que han pasado. Yo tiendo á usted la mano, apóyese usted en ella. Ninguna mujer habrá sido adorada como lo será usted. Yo pasaré toda mi vida ocupado en hacer olvidar á usted las penas que ha sufrido.

Ella le miró un instante y dijo pausadamente:

—¿Es decir, que usted me ofrece volver á empezar mi existencia y dueña de mí misma por medio de un divorcio, ser esposa de usted?

—Sí.

—Si mi marido me deja no seré libre—dijo con dulzura—. Me quedará mi hijo, que no hará trai-

ción á mi cariño y que bastará para llenar mi vida.

Thauziat extendió la mano en ademán de protección.

—Su hijo de usted será el mío. Yo le amaré como si mi sangre corriera por sus venas, y juro que haré de él un hombre.

—Si su padre le falta yo estaré á su lado y bastaré á todo. Consagrándome á él le daré ejemplo de fidelidad y de valor, y viéndome vivir como una buena madre y una mujer honrada, no necesitará más para hacerse un hombre.

—Sí, habrá usted cumplido admirablemente su deber, pero no habrá vivido más que para el sacrificio. No habrá usted conocido la felicidad completa y absoluta. Habrá usted amado, pero su amor no habrá encontrado correspondencia en ese acuerdo delicioso de dos corazones que laten al unisono, hasta el punto de confundir todas sus aspiraciones, todas sus alegrías. Y está usted en lo mejor de su juventud y han de pasar muchos años antes de que llegue usted á la edad en que mueren las pasiones. ¿Puede usted asegurar que su alma, tan cruelmente herida, está cerrada para siempre? ¿Está usted segura de no encontrar nunca ningún vacío? ¡Ah! Si usted quisiera confiarse á mí y dejarme velar por su porvenir! Yo no tendría más preocupación que asegurar su felicidad. Yo no he amado nunca más que á usted. Durante dos años he vivido con su recuerdo en mi memoria, padeciendo con sus dolores y sin tener más dicha que acercarme á usted y oír su voz, siquiera no me dijese más que palabras indiferentes ó crueles. ¡Oh! cuántas veces he mal-

decido el destino y envidiado á ese hombre feliz é indigno que había sabido agradar á usted y no acertaba á apreciar el tesoro de su bondad y sus encantos. Le he envidiado, y ahora, al ver que á pesar de todo usted se adhiere á él, le odio. Si, le odio con todas mis fuerzas. Elena, no se obstine usted en su locura. Si no tiene usted compasión de sí misma, téngala usted de mí, que no respiro más que por usted, y lo sacrificaría todo por obtener de sus ojos una mirada menos fría y de sus labios una palabra más misericordiosa.

Se había adelantado hacia ella con las manos tendidas y el rostro descompuesto por la violencia de sus sentimientos. La deseaba con un ardor que irradiaba en sus ojos, abrasaba sus labios y envolvía á Elena en una llama sutil y devoradora. Elena tuvo miedo y se levantó. Él la cogió la falda y se arrodilló, apoyando la frente en el vestido, como si hubiera besado su carne.

—No me desespere usted, se lo suplico—añadió.

—Me hace usted mucho daño y yo no la he dado nunca más que un amor inalterable. Piense usted en que el hombre á quien implacablemente me sacrifica, la abandona, está en casa de esa mujer, tal vez en sus brazos...

—Calle usted—gritó Elena—. Lo que está usted diciendo es infame...

—Lo infame es el ultraje que él la hace á usted sufrir. Va á partir con ella, enriquecida con su ruina, con la de usted...

—¡Mentira!

Con un arranque violento se apartó de Thau-

ziat, le hizo soltar la falda y dijo dirigiéndose á la puerta:

—No quiero oír más.

Él se levantó de un salto y exclamó poniéndose delante:

—Me lleva usted al extremo... No quiero que usted salga.

—¿Osará usted retenerme á la fuerza?

—Todo.

Su rostro era sombrío y amenazador. Elena retrocedió y dijo con insultante ironía:

—Piense usted que si no me deja marchar, creeré que usted es quien me ha tendido este lazo.

—Créalo usted.

—Me pide usted mi amor... ¿Acaso quiere usted mi desprecio?

—Usted tenía mi honor en sus manos. Yo podía ser bueno ó malo, según usted quisiera. Usted me ha llevado al mal. Ya que es preciso ser criminal para adquirir derechos sobre ese corazón, lo seré.

—Si da usted un paso, llamo.

—Quedará usted perdida con más seguridad. Y una vez perdida, es usted mía. Además, nadie entrará.

Y corrió vivamente el cerrojo. Ella se dirigió hacia la ventana, pero él llegó al mismo tiempo y la cogió en sus brazos. Se vió oprimida sobre el pecho de Clemente y sintió los latidos de su corazón. Apoyó las manos en los hombros de Thauziat y separada de él por toda la longitud del brazo, luchó con rabia por desasirse. No osaba gritar, pero rugía como una leona. Él jadeante, con los ojos en-

cendidos, delirante de deseo, estaba dispuesto á todas las violencias. Elena sentía agotarse sus fuerzas, el rostro inflamado de Clemente se acercaba al suyo, cuando se oyó en la habitación inmediata un murmullo de voces que dominó el ruido sordo de aquel combate feroz.

—Vienen—dijo Elena—. Aun es tiempo... Déjeme usted y lo olvido todo.

Thauziat no contestó, pero levantando á Elena quiso llevársela. Por fuera empujaban la puerta con impaciencia, la joven intentó un esfuerzo desesperado, y deslizándose de los brazos que la oprimían, se encontró libre y corrió hacia la puerta que abrió con un grito de triunfo. Pero la voz se ahogó en sus labios y quedó aterrorizada. Tenía delante á su marido.

Pálida y temblorosa se interpuso entre los dos hombres que se medían con la mirada. Olvidó todo lo que no era su honor y más pronta en disculparse que en tranquilizar las iras que veía hervir, exclamó:

—Ante todo, Luis, ¿me crees culpable?

Luis marchó hacia ella, la vió soberbia de pudor indignado y dijo tendiéndola la mano:

—No.

Ella dió un grito de alegría y le abrazó como si la hubiera devuelto la vida. Luego, volviéndose terrible á Thauziat, que esperaba impávido, le dijo:

—Señor de Thauziat, se ha portado usted como un cobarde con una mujer. No merece usted que le abofetee la mano de un hombre.

Y arrancando á Luis uno de los guantes que re-

torcía entre sus crispados dedos, cruzó con él la cara del que la había ofendido.

Clemente lanzó un grito sordo, pateó como si tomara impulso para aplastarlos á los dos, pero se contuvo haciendo un esfuerzo supremo.

—Es justo—dijo inclinándose delante de Elena con una sonrisa desesperada.

—Hasta mañana—dijo Luis.

—Hasta mañana—repitió Thauziat, como un eco fúnebre.

Elena, estremecida, tomó el brazo de su marido y se llevó á éste sin volver atrás la vista.